

José Romera Castillo ed. *Antonio Gala a escena*, Vigo: Ediciones Invasoras. 2024. ISBN: 978-84-18885-85-3. 229 pp.

Clara Cobo Guijarro

<https://dx.doi.org/10.5209/tret.105635>

Antonio Gala a escena es el último libro del catedrático emérito y académico José Romera Castillo. Ha sido publicado en Ediciones Invasoras, premio a la mejor labor editorial y a la promoción del libro teatral de la AAT en 2022. Asimismo, este volumen se ha editado con la ayuda del legado del profesor José Romera a la UNED, el Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías (el SELITEN@T). El profesor Romera Castillo dedica esta obra “a la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores por su rica y eficaz labor”. Si la capilla (actual salón de actos) de la fundación está presidida por un hermoso mosaico, también el libro que tenemos entre manos ofrece una sugerente taracea. A través del relato de la amistad que les unió, del examen general de su trayectoria o del análisis crítico de algunas de sus piezas teatrales, Romera Castillo muestra un dibujo uniforme de la figura de Gala. Por ello, no nos sorprende se refiera a algunos de los apartados de su libro con la palabra “tesela”.

El volumen está compuesto por seis partes a las que hay que sumar una relación de las publicaciones del autor sobre la obra de Antonio Gala. En la primera de ellas, el catedrático emérito nos permite adentrarnos en su memoria personal, que desvela varios recuerdos, como la primera vez que conoció a Gala, en 1983, en el Instituto Español de Cultura de Roma; o la organización de dos cursos de verano de la UNED. En aquel celebrado en 1992, *El teatro español actual. El teatro de Antonio Gala*, se reunieron por primera vez los principales expertos de su obra.

En esta parte inaugural se ocupa también de los primeros contactos con su dramaturgia desde que viera *Los buenos días perdidos* en 1972. Ofrece además una panorámica de toda la escritura teatral de Gala –incluso de los textos no estrenados–, desde *Los verdes campos del Edén* (1968) hasta *Inés desabrochada* (2003). Esta retrospectiva refleja algunos de los aspectos más examinados por Romera Castillo a lo largo de su trayectoria: la desmitificación de figuras y acontecimientos históricos; el trasfondo político de su teatro, en el que reverberaban los conflictos de la España de entonces; y la articulación de los grandes temas galianos en una serie de dicotomías: amor / desamor; esperanza / desencanto; libertad / represión, entre otros (45).

En efecto, antes de publicar en 1996 *Con Antonio Gala (estudios sobre su obra)*, Romera Castillo ya había sido editor de *Los verdes campos del Edén* y *El cementerio de los pájaros* (Plaza & Janés, 1986) y *Carmen Carmen* (Espasa-Calpe, 1988). Pero el libro monográfico mencionado despierta especial interés por el Pórtico escrito expresamente por Gala como antesala de este estudio. Romera Castillo acierta con la recuperación de este paratexto –generalmente no contemplado por la crítica– que alumbría una profunda reflexión sobre su condición de escritor.

Teniendo en cuenta estas líneas escritas por Gala hace ya casi tres décadas, el catedrático reserva el último capítulo de la primera parte de su actual libro para explorar cuatro facetas del cordobés: *autor prolífico, escritor por destino, escritor famoso y escritor discutido*. En primer lugar, Gala ha demostrado soltura en el teatro, la poesía, la novela y el ensayo. Pero su incansable labor también fue fructífera en los medios de comunicación. Precisamente, sus incursiones en la pequeña pantalla y, como señala Romera Castillo, su “presencia viva en la vida del país” (61), lo convirtieron en un personaje público muy querido. Pero, a pesar de la ingente cantidad de ejemplares vendidos, Gala no siempre gozó del favor de la crítica mediática y de la crítica académica. Sin embargo, el catedrático emérito de la UNED celebra que la postura del profesorado universitario haya cambiado con los años. En suma, estos cuatro aspectos son a nuestro juicio uno de los focos más alumbradores de *Antonio Gala a escena*.

Pero el director del SELITEN@T no finaliza el retrato del escritor de Córdoba con estos calificativos, sino que se ocupa en la segunda parte de su volumen de *Ahora hablaré de mí* (2001), libro en el que Gala cultivó (a su manera, siempre) la escritura autobiográfica. Desde el punto de vista teórico, el profesor justifica la inclusión de estas *memorias caleidoscópicas* –como él las denomina– en el ámbito autobiográfico con numerosos indicios. Pero además, estudia este volumen con el fin de destacarlo como una obra referente para quien emprenda el estudio o la edición de cualquier otra obra de Gala. Por último, y en este punto se concreta el interés que despierta *Ahora hablaré de mí* en el título que estamos reseñando, “el lector podrá conocer mejor a este personaje viviente, a sus poéticas

como creador y a los contextos en las que su vida y obra han florecido" (99).

Sin embargo, como estudioso de su teatro, Romera Castillo también dedica la mitad de su trabajo al examen de cuatro piezas teatrales de Gala: *El caracol en el espejo*, *Carmen Carmen*, *Las manzanas del viernes* y *Cristóbal Colón*. La primera de ellas protagoniza la tercera parte. *El caracol en el espejo* fue una de las producciones no estrenadas, pero sí fue editada, por primera vez, en 1970. Después de ofrecernos una valiosa contextualización de este título en el conjunto de su trayectoria literaria, el catedrático aporta un exhaustivo análisis crítico. Para ello se vale de declaraciones del propio Gala en las que afirmaba haber escrito siempre la misma obra, con motivos comunes: un escenario oprimente y oscuro, un personaje que carece de libertad y el desarrollo de los sucesos con dos conceptos en el horizonte: la justicia y la esperanza. Sobre esta base, Romera Castillo fundamenta el *realismo abstraído* –término propio– que dota a la escenografía y a los personajes de una notable fuerza simbólica.

La cuarta parte del trabajo es dedicada a la producción de teatro musical *Carmen Carmen*. Destacamos asimismo la contextualización de esta pieza, que Romera Castillo no elabora solo en función de la presencia de la música en la trayectoria dramatúrgica de Gala, sino también en la escena teatral de la España de los setenta. Pero, sobre todo, resulta muy atractiva la exploración del concepto de *desmitificación* de un mito universal que, en esta revisión, representa la seducción y, sobre todo, la alegría. Para *Carmen Carmen* –Romera Castillo recuerda el estribillo– "la alegría de vivir es todo, todo, todo" (132). Por último, al margen del análisis de la obra, en este ánimo del profesor de acercarnos a Gala desde un prisma no exclusivamente crítico, se recuperan fragmentos de un artículo de *Charlas con Troylo* en el que Gala reconoció haber renunciado a veinte millones de pesetas por representar *Carmen Carmen* en el Teatro oficial de la Zarzuela. Su apuesta era bien distinta. El dramaturgo hubiera querido que, mediante un montaje sencillo y portátil, su pieza llegara a pueblos en los que no se representaba teatro. No pudo ser.

Estas pinceladas personales continúan en la quinta parte de su investigación, dedicada a *Las manzanas del viernes*, estrenada en 1999. De nuevo nos sitúa en ella de forma muy generosa, pues el crítico repasa la presencia del amor –epicentro temático de la obra– en todos los géneros cultivados por el cordobés. Esta es la historia de una exitosa mujer en la plenitud de su madurez y un joven hedonista que huye del compromiso. Romera Castillo asocia estas dos caras de una misma moneda al binomio amante/

amado, otro lugar común en el que hospedarse para conocer cómo se articulan las relaciones amorosas en el conjunto de la obra de Gala.

La sexta parte es la más extensa de la obra y Romera Castillo la dedica al espectáculo *Cristóbal Colón*, estrenado en 1989. En el primer capítulo figuran las reflexiones de Gala sobre el hecho histórico. En segundo lugar, el autor se centra en el renacimiento de la ópera en España a lo largo del siglo xx y, a continuación, estudia la presencia del navegante en los escenarios operísticos no exclusivamente patrios. Tras estos preliminares, el Colón de Antonio Gala se presenta en el capítulo tres. En primer lugar, el catedrático emérito aplaude la sensatez del cordobés por el prisma escogido, cuya intención, según sus propias palabras, no fue celebrar el V Centenario del Descubrimiento de América, sino *reflexionar* conjuntamente sobre el mencionado acontecimiento. También es muy atrayente para el lector conocer los orígenes del proyecto y otros interesantes datos sobre el mismo, en el que estuvieron involucradas figuras de primer nivel de las artes escénicas de nuestro país. El cuarto apartado se cede al examen del libreto. Así, una vez más, Romera Castillo nos acerca a la personalidad de Gala y su posicionamiento ante la escritura, esta vez en lo que refiere a la autoría compartida. Por otro lado, en el quinto capítulo, la caracterización del personaje de Colón queda explicada a través de un proceso de remitificación que se soporta sobre tres calificativos: extranjero, perdedor y judío converso. En otro orden, el espacio y el tiempo teatrales son signos escénicos evaluados en el capítulo seis. Se incluyen en este las críticas positivas que recibió la compleja escenografía y las exhaustivas acotaciones que fueron necesarias para diseñarla. El examen de la obra finaliza con dos paratextos que ayudan a comprender el análisis anterior. Nos referimos a la sinopsis del programa de mano y las palabras previas de Antonio Gala a la edición del libreto de *Cristóbal Colón*, a cargo de Romera Castillo (Espasa-Calpe, 1990).

Como dijimos, el libro culmina con la bibliografía que, sobre la literatura de Gala, el autor ha elaborado desde los años ochenta del siglo pasado hasta la actualidad. Ahora, la presente obra se suma a este extenso listado. Con ella, también lo hacen la certeza de una amistad y la decidida entrega al teatro. "Para algunos seres –afirmó el escritor en el preámbulo de un libro de Romera Castillo– arte y vida son dos nombres sagrados de la misma ansiedad y el mismo júbilo". Décadas después, estas palabras también hubieran podido preceder la lectura de *Antonio Gala a escena*, el homenaje póstumo, amical y académico de José Romera Castillo a Antonio Gala.